siempre en tu palacio, y continúa consumiéndose dia y noche entre suspiros y lágrimas.»

Entrega el príncipe á su fiel servidor la lanza en que hasta aquel instante se había apoyado, y penetra en la cabaña; Ulises se levanta para cederle su asiento, pero Telémaco se niega á aceptarlo.

«—Permanece sentado, extranjero, díjole con afectuoso acento; otro sitial habrá en nuestra rústica casa, y no querrá Eumeo que continúe de pié.»

Volvió Ulises á su sitio, en tanto que el pastor amontonaba verdes y tiernas ramas y las cubría con pieles. Allí se sentó el príncipe, á quien sirvió el solícito Eumeo algunos resíduos de la comida de la víspera.

«—Eumeo, díjole Telémaco, ¿quién es ese extranjero? ¿No podré saber lo que á Itaca le conduce, qué nave le ha conducido á esta isla?

»—Ese extranjero, respondió Eumeo, se envanece de haber nacido en la dilatada isla de Creta. Por el infortunio acosado, ha recorrido con errante paso las ciudades de los pueblos todos; á tal destino le sujetaron los dioses, hasta que, escapándose de un bajel thesproto, ha encontrado refugio en mi cabaña. En tus manos le pongo; tu voluntad decidirá de su suerte, pues en tí sólo confia.

»—Tus palabras, Eumeo, me han causado profunda tristeza, dijo el príncipe. ¿Acaso me es dable recibir á ese extranjero en mi palacio? Jóven como soy, todavía no tiene mi brazo la fuerza suficiente para defenderle contra quien se atreviese á ultrajarle. Mi madre, combatida por encontrados afectos, duda y vacila entre quedarse con su hijo y velar sobre mi herencia, respetando así el tálamo conyugal y su propia fama, ó resolverse á escoger por esposo al más ilustre y generoso de los príncipes que la solicitan. Pero, pues ese extranjero ha penetrado en tu casa, aquí recibirá de mi parte cuanto le sea necesario, una túnica, un manto, calzado y una espada, y dispondré ademas que le conduzcan donde él quiera. Si desea quedarse, sufragaré cuanto sea preciso para su sustento, y de esta manera no será gravoso á tí ni á los pastores. Lo que no quiero es que se presente á los pretendientes de mi madre, pues su arrogancia no conoce ya freno alguno, y sería para mí gran dolor que llegasen á insultarle. ¿Qué puede hacer un mortal, por más que sea valeroso, contra un enjambre de poderosos enemigos?

»—¡Oh príncipe querido! dijo Ulises rompiendo el silencio que hasta entónces guardara, pues las palabras de su hijo le habían llenado de indignacion; sangre ha vertido mi corazon al saber los agravios que has de sufrir en tu palacio, á pesar de tus juveniles años y de tu imponente presencia, por parte de los magnates que pretenden la mano de tu madre. Díme, ¿doblas voluntariamente la cabeza al yugo, ó tus pueblos, fundados en la voz de un oráculo, te niegan obediencia, ó rehusan, en fin, tus hermanos, firme sosten en las grandes adversidades, salir á tu defensa? ¿Por qué los dioses no me dan, con el ardor que me anima, tu juventud y gallardía? ¡Ojalá fuese yo el hijo del famoso Ulises ó Ulises mismo, concluyendo aquí sus errantes viajes! consentiría en que enemigo brazo derribase mi cabeza de mis hombros si no iba á palacio y dejaba á todos ellos sin vida. Y aunque solo contra tantos adversarios, cayese al fin vencido por el número, ¡ah! preferiría perecer junto á mi hogar con las armas en la mano, á ser eterno objeto de sus agravios, á mirar cómo ultrajan á mis huéspedes, cómo manchan con su lubricidad mi casa, cómo derrochan mis bienes, sin ver término á estos males ni conseguir la suspirada venganza.

»—Sabe, extranjero, que no están contra mí los ciudadanos todos, y que no tengo hermanos que me apoyen: por voluntad de los dioses nuestra familia no produce de generacion en generacion sino un vástago aislado, y esto alienta á nuestros enemigos. Los príncipes de Duliquio, Samé y Zacintho se han reunido en mi palacio; á ellos se han unido muchos magnates de Itaca, y todos, con el pretexto de aspirar á la mano de mi madre, usurpan y derrochan mis bienes. Mi madre los detesta, es cierto; pero en tanto que el temor la obliga á no rechazar sus pretensiones y á conservarles la esperanza, mi herencia se desvanece y voy tocando á la ruina. Sin embargo, mi suerte, como la de todos, está en manos de los dioses. Preciso es, querido Eumeo, que vayas cuanto ántes á participar á mi madre mi feliz regreso. Aquí te aguardo; no hables sino con Penélope; que nadie más sepa la noticia, pues son muchos los enemigos que conspiran mi muerte.

»—Tus órdenes quedarán cumplidas, dijo Eumeo; pero una vez en camino, ¿quieres que lleve al infeliz Laertes la consoladora noticia de tu llegada? Hasta hace poco, á pesar de la pena en que le tenía sumido la suerte de Ulises, cuidaba de la labranza, y dócil á las exigencias de la naturaleza, comía entre sus servidores en su rústica morada; pero desde que partiste para Pilos, dícese que solitario siempre deja que el hambre y la sed le consuman, sin dar tregua al amargo dolor; no es ni sombra de lo que ha sido.

»—Cuánto le compadezco! contestó Telémaco, mas por lastimera que sea su suerte apartemos hoy los ojos de su pena. Si los mortales viesen cumplidos todos sus deseos, no estaríamos llorando la ausencia de mi padre. Así que hayas hablado á Penélope, toma sin desviarte el camino del regreso, y limítate á decir á mi madre que envíe en secreto al afligido anciano la más fiel de sus sirvientes anunciándole mi vuelta.»

El pastor aprieta los nudos de sus sandalias, y parte. Minerva que le vió salir, acercóse entónces á la cabaña, y en figura de arrogante y bella matrona se detuvo en la puerta del patio. Telémaco no la veía, pues los dioses, dice Homero, únicamente son visibles para aquellos á quienes quieren favorecer con su aparicion. Ulises sí la vió, y hasta los canes oyeron sus pasos; pero lejos de acometer y ladrar, se retiraron á esconderse temblorosos y con sordos aullidos. Llamado por un gesto de la diosa, salió Ulises al patio y oyó estas palabras:

«—¿Por qué ocultarte más tiempo á tu hijo? devuélvele el padre, y luego de concertar la sangrienta muerte de vuestros enemigos, partid á Itaca, donde me tendrás á tu lado.»

Y al decir esto tócale con su áureo cetro y al instante recobra el héroe su varonil presencia; su macilento semblante se rejuvenece y hermosea; la cabellera cáele en negros rizos por la espalda, y truécanse sus harapos en rica vestimenta. Hecho esto la diosa desapareció.

De nuevo penetra Ulises en la estancia, y al verle queda Telémaco extático, sobrecogido de temor y respeto; tómale por una divinidad, y sin atreverse á levantar los ojos, balbucea estas palabras:

«—Apénas te reconozco ¡oh extranjero! ¿Por qué metamorfósis se han transformado tus vestidos, toda tu persona? Un dios es el que tengo delante.

»—No soy dios, dijo el héroe con conmovido acento; soy tu padre, tu padre que tantas lágrimas te cuesta.»

Y con paternal cariño le abraza y le besa, convertidos sus ojos en fuentes que llegan á mojar el suelo.

«—No, dijo Telémaco sin poder dar crédito á tanta ventura; tú no eres Ulises, no eres mi padre; una divinidad enemiga quiere engañarme para acibarar aún más la amargura de mi pena. El prodigio que acabo de ver es superior al poder de los mortales, y únicamente los dioses pueden sin esfuerzo pasar de la ancianidad á la primavera de la vida. Hace un momento eras un anciano cubierto de sucios andrajos, y ahora te muestras radiante como uno de los moradores del Olimpo.

»—Telémaco, repuso Ulises, pues tienes la dicha de recobrar á un padre querido, no te atormentes á fuerza de sorpresa y dudas. Yo soy Ulises, hijo mio, Ulises que despues de interminable sucesion de trabajos é infortunios, despues de un destierro de veinte años, vuelve á ver al fin la tierra natal. Atena ha sido (prodigio que no excede los límites de su potestad) quien me ha traido hasta aquí, y quien me ha dado la figura de un pobre anciano ántes y la de un príncipe ahora, pues nada más fácil para los dioses, que tienen por escabel las nubes, elevar á un mortal á la cumbre de la grandeza ó hundirle en humillacion abyecta.»

Telémaco ciñe con sus amantes brazos el cuello del mejor de los padres, y prorumpe en llanto. Uno y otro, abandonándose al punzante recuerdo de sus penas, confunden sus lágrimas y sollozos, y de cuando en cuando se exhalan de su pecho contenidos gritos. Así estuvieron largo rato, hasta que Telémaco rompiendo el silencio preguntó:

«—¿Cuál ha sido el bajel afortunado, los ilustres marinos que te han traido á Itaca? ¿Cómo has atravesado la inmensidad de los mares?

»—Marinos feacios me han conducido á esta isla; su alado bajel, en tanto yo dormía, me ha traido hasta estas costas tan deseadas. Por Atena he sido guiado á este sitio para acordar contigo el vencimiento de nuestros enemigos. Habla, dime su número, quiénes son, y verá mi experiencia si para vencerlos necesitarémos de ajeno auxilio, ó si bastará para ello la fuerza de nuestros brazos.

»—¡Oh padre mio! contestó Telémaco, aunque celebra la tierra tu gran prudencia y tu raro valor, no creo que puedas acometer esta inaudita empresa. No vuelvo de mi asombro; ¡dos hombres solos luchar con tan considerable y aguerrida compañía! Pues no creas que la formen diez ni veinte magnates; es toda una cohorte, y sino cuéntala. Solo de Duliquio vinieron cincuenta y dos, todos famosos por su fuerza y gallardía, seguidos cada uno de seis servidores; veinticuatro de Samé, veinte de Zacintho, los principales y mejores, é Itaca proporcionó otros doce no menos ilustres. Siguen á la compañía el heraldo Medon, un cantor famoso y varios criados entendidos en el arte de disponer festines. Si en tu palacio nos presentamos á esa cohorte reunida, temo ¡ay de mí! un resultado funesto y que nos cueste nuestra venganza el inestimable tesoro de tu vida. Antes que en esto piensa en hallar, si posible es, amigos bastante generosos para compartir nuestros peligros.

»—¿Te parece si con Zeus, padre de los dioses, y con Atena necesitarémos de más auxilio? preguntó Ulises.

»—Los que acabas de nombrar, dijo Telémaco, aunque sentados muy léjos de nosotros más allá de la bóveda celeste, son sin duda el más firme apoyo y el más eficaz socorro, pues dominan sobre los hombres y los dioses.

»—Pues verás, hijo mio, continuó Ulises, como esos poderosos defensores descienden al campo del combate así que en mi palacio tomemos al feroz Ares por árbitro en nuestra querella. Tú, al asomar la aurora, entrarás en la ciudad y te presentarás á la soberbia turba; guiado por Eumeo yo te seguiré en figura de viejo mendigo. Si nuestros enemigos me ultrajan (graba esto, hijo mio, en tu memoria), sea lo que fuere lo que hicieren conmigo, refrena los ímpetus de tu corazon; aun cuando vieres que arrastrándome por los piés me arrojan con oprobio fuera de mi casa ó que me maltratan á golpes, lo mirarás impasible. Limítate á exhortarles con mansedumbre á desistir de su insensato furor; su oido permanecerá cerrado á tu voz, y entónces su hora postrera habrá llegado. Mas para ello es fuerza que acordándote de que eres mi hijo, de que es sangre mia la que corre por tus venas, á nadie digas que Ulises se encuentra en su palacio; de la prohibicion no exceptúo á Laertes, ni á Eumeo, ni á ninguno de nuestros servidores, ni siquiera á Penélope: tú y yo hemos de ser los únicos dueños del importante

secreto. De esta manera podrémos sondear los sentimientos de nuestros servidores todos; así sabrémos quién nos teme y nos honra, quién nos vende y se atreve á faltarnos al respeto.

»—Con el tiempo, padre, conocerás mi corazon, dijo Telémaco, y espero que ha de decirte haber en mí gérmenes de prudencia y valor. Por esto me atrevo á suplicarte que no pierdas recorriendo tus haciendas para sondear á tus servidores un tiempo precioso miéntras que tus enemigos, tranquilos en tu palacio, consumen tus bienes y los poseen todos. Conténtate por de pronto con observar la conducta de las mujeres que en palacio sirven; despues de alcanzar victoria podrémos inquirir lo que en tus campos sucede.»

En esto había llegado al puerto de Itaca la nave en que vinieran Telémaco y sus amigos; sacada á tierra, algunos esclavos fieles llevaron á la morada de Clicio los magníficos dones de Menelao, y un heraldo fué enviado á anunciar á la casta Penélope que Telémaco se había dirigido á sus haciendas. Temían aquellos jóvenes que al saber su vuelta y que con ellos no estaba el príncipe tuviese la reina espanto mortal. El pastor Eumeo seguía de léjos al heraldo, encargados uno y otro de dar á la triste madre la feliz noticia.

«—Reina, el objeto de tu amor, tu hijo, ha llegado,» gritó el heraldo al ver á Penélope rodeada de sus camareras. A poco se presentó Eumeo, y éste la dijo al oido cuanto Telémaco le encargara.

Cumplida la órden atravesó el pórtico y sin detenerse más emprendió de nuevo el camino de su cabaña.

Corridos é indignados los pretendientes de Penélope, se reunen y saliendo del palacio, celebran consejo á poca distancia de la puerta.

Eurímaco, hijo de Polibio, rompió el silencio.

«—Ya lo veis, dijo. La audaz empresa acometida por Telémaco que, segun nosotros, había de ser causa de su perdicion ha concluido con bien para él y con gloria de su nombre. Lancemos al mar al más veloz de nuestros barcos y corramos á avisar á nuestros amigos que pueden ya volver á Itaca.

»—No es necesario, dijo Anfinomio que en aquel instante vió entrar una nave en el puerto; los tenemos ya aquí. Alguna divinidad los habrá avisado, ó quizas vieron pasar la nave de Telémaco sin poderla dar alcance.»

Corrieron los magnates á la orilla del mar, y en efecto, desembarcaban entónces sus compañeros. Los esclavos, despues de varar la nave, se llevaron el aparejo y las armas, miéntras sus amos, reunidos en la plaza pública, deliberaban acerca de lo sucedido.

«—Preciso es que por él hayan velado los dioses cuando así se ha salvado al borde del abismo, dijo Antinoo, hijo de Eufites. De dia, nuestras vigilantes centinelas arrostraban de contínuo la inclemencia del tiempo en la cima de las rocas; de noche, en vez de descansar en tierra, cruzábamos en la rápida nave ya por las inmediaciones de la costa, ya por el vasto imperio de las olas, ardiendo en deseo de encontrarle y de enviarle á la sombría morada. Y sin embargo, una divinidad le ha guiado felizmente á su palacio. No por esto ha de librarse de nuestro furor: muera aquí de muerte aún más terrible. Si le dejamos vivir, todos nuestros planes se frustran: mozo ya, es discreto y valiente, y el favor con que éramos mirados por los ciudadanos comienza á declinar. Apresurémonos, pues; demos el golpe ántes que convoque en asamblea al pueblo, pues no lo dudeis, en ella nos acusará de haber tramado su muerte, y la multitud se estremecerá de horror al saber tan negra accion. Al influjo de la palabra del príncipe podría el pueblo amotinarse, lanzarnos de nuestras tierras y obligarnos á huir á extranjeras comarcas, é importa precaver tales desgracias. Perezca pues nuestro enemigo en sus campos solitarios ó por el camino á su venida, y repartámonos su herencia. Por de pronto convengamos en que obtendrán el palacio su madre y aquel á quien elija por esposo. ¿Os asustan estos proyectos? ¿Quereis pues que viva y que disfrute del patrimonio de sus mayores?»

Dijo, y Anfinomio se levantó para contestarle. Era este príncipe hijo de Niso, soberano de Duliquio, que había recibido de Arecio la vida y el cetro; entre sus rivales era para Penélope el menos odioso, pues conservaba cierto respeto á la justicia y al decoro.

«—Amigos mios, dijo, verter sangre real es siempre un hecho de alta trascendencia, y por lo que á mí toca no quisiera la muerte de Telémaco. Consultemos á los dioses: si los oráculos de Zeus nos autorizan para ello, herid, yo mismo guiaré vuestros golpes; pero si nos lo vedan, calmaos y desistid de vuestros propósitos.»

Así al fin lo deciden, y más sosegados se encaminan al palacio de Ulises, en cuya sala toman asiento en relucientes sitiales. Penélope, que sabía por el heraldo Medon las conjuras ardidas contra la vida de su hijo, se presenta entre ellos, seguida de sus camareras, y con el rostro velado dirige á Antinoo estas amargas reconvenciones:

«—Antinoo, hombre pérfido, maquinador de crímenes, Itaca te celebra, se complace en escucharte, te llama prudente, y te pone por encima de todos los jóvenes de tu edad; ¡cuánto se engaña! ¡cómo desmienten tus acciones tal elogio! ¿Por qué, infame, maquinar la muerte de Telémaco y rechazar así á quien te ruega? ¿No sabes que Zeus se hace testigo de los suplicantes y los venga? ¿Ignoras acaso que tu padre, por haberse asociado con unos Tafios que devastaron las tierras de los Thesprotos, vino un dia tembloroso, fugitivo, y halló aquí un asilo y amparo contra la ira de aquel pueblo? Los Thesprotos, eran aliados nuestros, y querían que lo entregásemos á su venganza; en su furor habían jurado arrancarle el corazon y asolar sus ricas mieses; pero Ulises, el mismo cuyo palacio deshonras, el mismo á quien pretendes robar mujer é hijo, logró, con gran trabajo, aplacar su ira.

Cesen, pues, tus agravios, yo te lo mando, y reprime la insolencia de tus compañeros.

»—Hija de Icario, prudente Penélope, respondió Eurímaco, sosiégate y desecha de tu mente esas lúgubres ideas. En tanto respire y vean mis ojos la luz del sol, ten la seguridad de que no ha nacido ni nacerá quien se atreva á levantar el brazo contra tu hijo Telémaco. A los dioses pongo por testigos de mi juramento; la sangre del temerario correría á lo largo de mi lanza. Por lo que á mí toca no creas que pueda olvidar jamas que en mi infancia me sentaba Ulises en sus rodillas y que me dió á comer varias veces la carne asada de las víctimas y á beber el vino de su copa. Telémaco es para mí amigo muy querido, créelo, y ni por asomo ha de temer recibir de tus amantes la muerte. De la que le enviarán los dioses no podemos responder nosotros.»

Así procuraba el jóven tranquilizar á la reina, al tiempo que participaba en la conjura tramada contra el príncipe. Penélope volvió á su estancia, y allí, entre lágrimas y tristes memorias de Ulises, pudo al fin conciliar el sueño.

Ya entónces se había reunido Eumeo con Ulises y su hijo, los que á las primeras sombras de la noche sacrificaron un cerdo y dispusieron lo necesario para la cena. Temerosa Atena de que si el pastor conociese al héroe no pudiese dominarse y corriese á participar su regreso á Penélope, tocóle con su cetro y volvió á ser el mísero y andrajoso viejo.

«—¿Conque ya de regreso, mi buen Eumeo? dijo Telémaco al ver entrar al pastor. ¿Qué se cuenta en la ciudad? ¿Han vuelto á palacio nuestros encarnizados enemigos, ó arman nuevas celadas á mis pasos?

»—En mi rápido viaje no he podido enterarme de ello, contestó Eumeo, pues cumplidas que quedaron tus órdenes, sólo pensé en volver á tu lado. Encontré al heraldo, ágil mensajero, enviado por tus camaradas, y él fué el primero en participar á tu madre tu regreso. Lo que sí sé, por haberlo visto con mis propios ojos, es que á mi vuelta, hallándome ya distante de la ciudad y cerca de la colina de Hermes, ha entrado veloz en el puerto una nave cargada de hombres, de lanzas y escudos. De ella sospeché si sería la de tus enemigos.»

Á escondidas de Eumeo dirigió Telémaco á su padre significativa mirada, y los dos se sonrieron.

Dispuesta la cena, sentáronse los tres al rededor de rústica mesa; de allí, apagadas el hambre y la sed, se acostaron en blandos lechos de pieles y durmieron con apacible sueño.

Apénas asomaba la Aurora, y Telémaco, impaciente por ponerse en marcha, se levanta, calza sus brillantes borceguíes, y empuña la robusta lanza.

«—Amigo, dijo á su fiel Eumeo, voy á la ciudad para presentarme á mi madre, pues hasta que me haya visto estoy seguro de que no desaparecerán del todo sus inquietudes y suspiros. Acompaña tú hasta allí á ese infeliz extranjero para que implore la compasion de las gentes y reciba lo que quieran darle para su sustento. Agobiado yo de desgracias y pesares me es imposible tomar sobre mí los males de todos los hombres, ni cumplir para con todos los viandantes las obligaciones de la hospitalidad. No creo que tu huésped cometa la injusticia de ofenderse por mis palabras, con lo que, con franqueza lo digo, sólo lograría hacer más grave el peso de sus penas.

»—Tampoco yo, amigo mio, dijo Ulises, quisiera prolongar por más tiempo mi permanencia en la cabaña, pues el pobre encuentra su sustento mejor en la ciudad que en el campo. Alguien habrá, así firmemente lo espero, que se apiadará de mí y aliviará mi miseria. A mi edad no hay ya bastante fuerza para entregarse á los rudos trabajos que la existencia campestre reclama. Parte, y ese pastor, conforme has dispuesto, será mi guia; marcharémos luego que me haya calentado un poco al hogar y que el sol esté más avanzado en su carrera; apénas cubierto por estos miserables harapos, el frio de la mañana podría serme funesto.»

Sale Telémaco de la cabaña y emprende con paso precipitado su camino, meditando el castigo de sus opresores. Llegado á su palacio arrimó la lanza á una coluna y penetró en la sala.

La primera en verle fué la nodriza Euriclea, la cual tendía hermosas pieles en los brillantes sitiales; deshecha en llanto, corrió á su encuentro, y miéntras le abrazaba y besaba rodeáronle con iguales transportes de alegría las fieles esclavas de su padre. Al rumor de las voces dejó Penélope su estancia, y estrechó en sus brazos al idolatrado hijo.

«—Los dioses te han conservado á mi cariño ¡oh luz de mi vida! decíale sollozando. El dia aquel en que supe que habías marchado á Pilos á fin de inquirir la suerte de tu padre amado, te consideré perdido para mí, y pensé no volverte á ver. Cuéntame, cuéntame lo que has sabido.

»—Madre mia, le dijo Telémaco, no renueves en el fondo de mi corazon tristes memorias, y pues he tenido la dicha de librarme de la muerte no es ocasion de lamentarme. Ruégote más bien que despues de bañarte y cubierta con vestidos purificados, subas con tus mujeres á lo más alto del palacio, y dando gracias á los dioses todos, promételes nobles hecatombes si Zeus consiente en que al fin corresponda aquí la venganza á los delitos. Yo me dirijo á la plaza en busca de un extranjero que ha venido conmigo á la isla y que en union de mis compañeros me ha precedido.»

Cumple la reina el encargo de su hijo, y en tanto éste, armado con su lanza y seguido de sus fieles lebreles, sale del palacio. Minerva comunica á su persona divina majestad, y el pueblo entero se pára á contemplarle. Sus audaces enemigos le rodean, y aunque bullen en su pecho designios de muerte, le dirigen expresiones

de afecto. El príncipe procura separarse de ellos cuanto ántes y se acerca á Mentor, Antifo y Halitersio, los cuales habían transmitido al hijo la amistad que consagraran al padre; sentado junto á ellos, contesta á las repetidas preguntas que le dirigen acerca de la suerte de Ulises y de la suya propia.

No tardó en presentarse Pireo acompañando al extranjero á su cuidado confiado, y sus primeras palabras al príncipe fueron pedirle que mandara á su casa á recoger los presentes de Menelao.

«—Amigo mio, lo por venir no está claro, díjole el prudente Telémaco; si mis soberbios enemigos logran arrancarme á traicion la vida y hacer suyos los tesoros que me dejó mi padre, prefiero que seas tú poseedor de aquellos dones á que recaigan en quien tanto me ofendió. Si, por el contrario, tengo la suerte de alcanzar victoria y de precipitarlos al sepulcro, entónces entregarás aquellos dones á tu feliz amigo.»

Dicho esto, guió á su palacio al fugitivo Teoclimenes; dispuso que fuese llevado al baño y perfumado, y en seguida, sentados los dos en hermosos sitiales junto á magnífica mesa, lavadas las manos, comieron los varios manjares que les sirvió venerable dueña. Penélope estaba sentada no lejos de la puerta, y con semblante meditabundo hilaba.

Concluida que fué la comida, rompió el silencio que hasta entónces guardara, y dijo:

«—Voyme otra vez á mi estancia á descansar en el lecho, testigo mudo de mis suspiros y bañado incesantemente con mi llanto desde el dia en que Ulises partió con los Átrides á las riberas de Ilion. Pero ¿no querrás, ántes que vuelvan los insolentes rivales, decirme lo que has sabido de tu padre?»

Refirió el príncipe su llegada á Pilos, la cordial acogida que le hiciera Nestor, cómo por su consejo visitó al valeroso rey de Esparta, y finalmente lo que éste le había dicho sobre la forzada permanencia de Ulises en la isla de la ninfa Calipso.

Oíale Penélope con emocion profunda, y terminada la relacion Teoclimenes dijo:

«—¡Oh venerable esposa del hijo de Laertes! insuficientes son esas noticias, y á mí me toca pronunciar más claro oráculo y desvanecer tus dudas. Por Zeus, que es el más poderoso entre los dioses, por esta mesa hospitalaria y por el hogar que me ha dado asilo, aseguro que Ulises se encuentra ya en su patria, que disfrazado se encamina á este palacio, inquiriendo cuantos desórdenes en él se cometen, y que en breve hará caer su venganza sobre sus enemigos. Esto me presagió el vuelo de un ave al embarcarme en la nave de Telémaco.

»—Quieran los dioses ¡oh extranjero! cumplir tu oráculo, dijo Penélope; no tardarías en experimentar mi benevolencia, y de tantos presentes te colmaría, que todos al verte te saludarían con el epíteto de afortunado.»

Reunidos estaban los magnates en el patio, ordinario teatro de su insolencia, entretenidos en diversos juegos; pero llegada la hora del banquete, penetraron en la sala y dejaron en los sitiales los vistosos mantos, miéntras los esclavos, sacrificando ovejas, cabras cebadas, cerdos y una becerra, disponían todo lo necesario para el acostumbrado opíparo festín.

Era la hora en que Ulises y el pastor se preparaban en la rústica cabaña para marchar á la ciudad.

«—Extranjero, le decía Eumeo, yo bien hubiera querido que te quedases á mi lado para guarda del ganado, pero otra ha sido la órden de mi dueño y no quiero exponerme á sus reconvenciones no cumpliéndola. Partamos, pues, á la ciudad, ántes que por la tarde arrecie el frio.

»—Vamos, dijo Ulises; sé tú mi guia. Si tienes un palo dámelo para sostener mis pasos, pues, á lo que te he oido decir, es el camino largo y penoso.»

Entrególe su huésped un baston recio y nudoso, y pusiéronse en marcha, quedando al cuidado de la cabaña algunos pastores y los vigilantes perros. Así Eumeo, sin sospecharlo, acompañaba á su rey y le guiaba á la ciudad, presentándose á sus ojos en figura de decrépito y andrajoso mendigo.

Largo rato siguieron por áspero sendero, hasta que, cerca ya de la ciudad, llegaron á la hermosa fuente en la que se surtían de agua los ciudadanos. Obra era de los antiguos reyes Itaco, Nérito y Polictor, y rodeábanla esbeltos y frondosos álamos, que en su humedad hallaban lozana existencia. El claro manantial salía en abundancia de entre peñas, y en ellas habíase erigido un altar á las ninfas en el que los viajeros solían hacer sacrificios y presentar ofrendas.

Allí encontraron Ulises y su compañero al hijo de Dolio, á Melanto, que, precediendo á dos zagales, guiaba á la ciudad, para los festines de los pretendientes de Penélope, las mejores cabras de su rebaño. Al verlos, la destemplada voz del rústico comenzó á proferir bajas y soeces injurias, tanto que el rey podía á duras penas contener su indignacion.

«—¡Ah! gritó el cabrero. Nunca como ahora habrá podido decirse ruin con ruin y los dioses los crían y ellos se juntan. Dí, miserable pastor, ¿á dónde llevas á ese mendigo, impertinente y haraposo? ¿A pedir de puerta en puerta viles resíduos de los banquetes, no es cierto? Mejor harías en cedérmelo; le haría custodio del corral, limpiaría el patio y los apriscos, llevaría el follaje á los cabritos, y aunque se le diese el suero por único alimento en breve le veríamos gordo y rejuvenecido. Pero no, tendrá horror al trabajo, y preferirá para apagar el hambre ir mendigando de ciudad en ciudad. Te advierto que si te atreves á presentarte en el palacio del ilustre Ulises, los escabeles volando por la sala, lanzados por los magnates, lloverán sobre tu cabeza y te molerán las costillas.»

Y al decir las últimas palabras, acercóse á Ulises y descargóle un violento puntapié en el costado. Permaneció firme el héroe, y estuvo por un momento indeciso entre matarlo de un garrotazo ó suspenderlo en el aire y aplastar su cráneo contra el suelo. Sin embargo, pudo dominarse y aguantar en silencio el bárbaro insulto. Eumeo, volviendo al rústico su irritado semblante, contuvo con severo gesto su audacia, y en seguida, con las manos alzadas al cielo, dijo:

«—Ninfas de esta sagrada fuente, hijas de Zeus, á las que cada año inmoló Ulises las primicias de sus rebaños, haced que al fin vuelva el héroe, haced que una divinidad nos le traiga. A su solo aspecto desvaneceríase cual humo la arrogancia con que, miserable, nos insultas y con que sueles pasear por la ciudad tu holgazanería en vez de cuidar del ganado. Los malos pastores son la perdicion del rebaño.

»—¿Qué estás ahí diciendo, viejo loco? replicó el cabrero. Ruega al cielo que el mejor dia no te arroje á una nave y te lleve lejos de Itaca para sacar con tu venta algun provecho. Así hagan los dioses que hoy mismo sea Telémaco derribado en su palacio por las saetas de Apolo ó por los tiros de nuestros príncipes, como es cierto que Ulises ha hallado la muerte lejos de estas comarcas y que el sol no iluminará su regreso.»

Y dejando atras á Ulises y á Eumeo, llegó Melanto en pocos instantes á la morada del rey. Sin detenerse entró en la sala y con familiaridad se sentó junto á Eurímaco, á quien particularmente era adicto. Por los esclavos le fué servida una porcion de las víctimas, y quedó entre los comensales.

Ulises y su compañero se acercaban poco á poco al palacio, y al llegar á poca distancia del mismo detuvieron sus pasos. A su oido llegaban los acentos de armoniosa lira, pues Femio había comenzado á pulsarla, y el héroe, tomando al pastor por la mano, le dijo:

«—Ese ¡oh Eumeo! será sin duda el palacio de Ulises á juzgar por la mayor magnificencia que de los demas palacios le distingue. Altos y robustos muros rodean el vasto patio; son las puertas sólidas y de dos hojas, y no sería fácil la conquista de esa mansion á quien no dispusiera de otros medios que de su valor. Paréceme que gran número de magnates están comiendo ahí dentro, pues hasta este sitio llega el olor de los manjares y óyese resonar la lira, de los festines inseparable adorno.

»—No te equivocas, respondióle Eumeo, ese es el palacio de Ulises, y de nuevo he de proclamar tu sagacidad. Pensemos ahora en lo que nos toca hacer. ¿Quieres presentarte tú solo á la vista de esos magnates, ó prefieres que éntre yo primero y que luego te presente? Si por lo último opinas, quédate donde estamos; pero no tardes mucho en seguirme, pues sería fácil que álguien te maltratase ó te arrojase de este sitio. Escoge.

»—Prefiero que entres tú solo, dijo Ulises, y á poco te seguiré. No te inquietes por lo que pueda sucederme, pues curtido estoy á los insultos y á los malos tratos, y es mi valor muy firme, como probado entre tormentas y combates. El hambre cruel é irresistible, fuente de calamidades para los mortales, quiere que sostenga si es preciso nuevas batallas; sea en buen hora. Por el hambre se equipan las armadas que arrostrando la cólera de Anfitrite, van á llevar la guerra á las más apartadas riberas.»

Miéntras así hablaban, Argos, el perro del infortunado Ulises, que cerca de aquel sitio se hallaba tendido, comenzó levantar la cabeza y á enderezar las orejas. Nacido en palacio, había sido leal compañero del héroe y le salvara una vez la vida ántes que Ulises marchase á Troya; luego, por espacio de muchos años, á las órdenes de fogosos mancebos, había hecho cruda guerra á la raza ligera de gamos, ciervos y liebres; mas ahora, rendido y agobiado por los años, privado de su amo, abandonado, despreciado, comido de miseria, hallábase durmiendo en un monton de estiércol, junto á la puerta del patio. Al dar Ulises algunos pasos hacia adelante, el fiel animal le conoció; quiso arrastrarse hasta los piés de su amo; pero las fuerzas le faltaron y hubo de limitarse á expresar su contento meneando la cola y bajando las orejas. Ulises fijó en él compasiva mirada, y procurando ocultar á Eumeo las lágrimas que acudían á sus ojos, le dijo:

Fig. 688. — Ulises y su perro. (Pintura antigua).

«—¿Es posible, Eumeo, que así tengan abandonado á ese animal entre inmundicia? Ha de haber sido de notable hermosura, aunque ignoro si la ligereza de su carrera correspondía á su estampa, ó si era medroso y dado á la pereza, como sucede á muchos de su casta, que, criados con regalo á la mesa de los reyes, sólo están destinados para sus placeres.

»—Equivocado estás, dijo Eumeo; es este el perro fiel del héroe, muerto hace tanto tiempo lejos de nuestras comarcas. Si hubieses visto á ese animal tal como era cuando Ulises le dejó para marchar á Troya, te habría causado admiracion, y á la primera mirada habrías conocido su ligereza y vigor. La caza por él divisada en vano huía á lo más profundo del bosque; Argos jamas perdía su pista. Ahora el abandono y las enfermedades acaban con él; su amo ha muerto en tierra extraña y las criadas del palacio no le cuidan y dejan que se muera.»

Diciendo esto penetró en palacio y dirigió sus pasos hacia la sala donde estaban reunidos los pretendientes de Penélope.

Al mismo tiempo, el leal Argos, que despues de veinte años encuentra otra vez á su amo, fija en él una mirada de indescriptible ternura, quiere de nuevo levantarse, se arrastra hasta tocar sus piés, y allí cae y espira.

Telémaco, que vió entrar en la sala á su pastor Eumeo, dirigióle una seña para que fuera á sentarse á su lado. Hízolo en humilde taburete, y apénas empezaba á

Fig. 689.—Ulises reconocido por su perro. (Estatua de Augusto Barre.—Museo del Louvre).

probar los manjares que un heraldo le puso delante, cuando vió llegar al andrajoso Ulises, quien se sentó como avergonzado en el umbral de la puerta, apoyada la espalda en la labrada jamba. El jóven príncipe, que igualmente le vió entrar, entregó á Eumeo varios pedazos de pan y tajadas de carne, diciéndole:

«—Lleva eso al extranjero y dile que recorra sin temor la sala implorando la piedad de esos magnates. La vergüenza de nada sirve á quien se vé reducido á la profunda miseria.»

El mendigo colocó aquellos manjares en su remendado zurron, y de ellos comió todo el tiempo que resonó en la sala la voz y la lira de Femio; así que el cantor calló concluyó tambien su festin. Comenzó entónces el tumulto entre los comensales, y Minerva, que no abandonaba á Ulises, mandóle levantarse y pedir uno por uno á todos, á fin de distinguir á los más culpables de aquellos que no tenían cerrado del todo su corazon á la voz de la justicia.

Sin vacilar, y empezando por la derecha, pasa el héroe de uno á otro por toda la reunion, rogándoles que socorriesen su miseria, y tendiendo la mano con gesto tan natural y propio como si toda su vida hubiese pordioseado. Compadecidos le dan una limosna, pero no dejaban de mirarle con sorpresa, y unos á otros se preguntaban quién era aquel desconocido y de qué país procedía.

«—Amantes de una reina ilustre entre todas, dijo Melanto á una pregunta semejante, no há mucho que por primera vez he visto á ese hombre; le he encontrado en compañía de Eumeo, quien lo guiaba á este palacio, é ignoro por completo su origen.

«—¿Á qué traernos á ese miserable? dijo Antinoo con aspereza dirigiéndose á Eumeo. ¿No tenemos aún bastante con tanto vagabundo como se presenta á esas puertas para acibarar nuestros festines? ¿Te parece que no bastamos nosotros para consumir los bienes de tu amo, que has ido en busca, quizas á gran distancia, de ese vil compañero?

»—Porque respeto tu clase, dijo Eumeo, no contesto, Antinoo, lo merecido á tus injustas palabras. ¿Quién ha visto que se invite á los desconocidos ó á los mendigos? En buen hora que se llame á los varones ilustres en su arte, á un adivino famoso, á un discípulo de Esculapio, á un sabio arquitecto, á alguno, en fin, de esos mortales inspirados por los dioses, cuyos cantos nos embelesan. A esos se les abre con gusto en todos los pueblos la puerta de las casas; pero nunca á un pobre que, sin sernos útil, nos causa mortificacion. Pero no me causa extrañeza tu conducta; entre todos los pretendientes de la reina has sido siempre tú el más injusto y duro para con los servidores de Ulises, y sobre todo para conmigo. Afortunadamente para mí respiran aún la virtuosa Penélope y Telémaco, igual á los dioses.

»—Sosiégate, Eumeo, dijo el prudente Telémaco, y no pierdas el tiempo en contestarle. Antinoo tiene siempre en los labios afrentosos conceptos, y hasta comunica su perversidad al alma de sus compañeros.»

Y volviéndose al magnate, continuó:

«—Agradezco el interes que por mis bienes te tomas, pero no me ofenderé, ántes al contrario, de que regales á ese infeliz extranjero. No temas con ello disgustar á mi madre, ni á ninguno de los servidores de Ulises. Pero sospecho que no es eso lo que te altera; gozar solo del festin es tu deseo, más bien que dividir con otro la parte que te toca.

»—¿Qué te atreves á decir, oh temerario? gritó Antinoo. Si me igualasen mis rivales todos en la dádiva que pienso hacer á ese extranjero, seguro que no habría menester más socorros y que en un año no volvería á poner los piés en esta casa.»

En tanto no había entre los magnates quien negase su auxilio á un hombre cuyo aspecto descubría bien claramente su indigencia, y su zurron iba llenándose de pan y otros manjares. Al dirigirse de nuevo hacia la puerta, detúvose el mendigo delante de Antinoo y le dijo:

«—Amigo mio, dáme tú tambien algo. Á lo que me parece, ocupas aquí el primer lugar; tu majestuoso talante anuncia un soberano, é importa por lo mismo que te muestres más generoso que los otros. No me niegues un poco de pan, y celebraré tu liberalidad por toda la tierra. Hubo un tiempo en que, como tú, fuí afortunado morador de soberbio palacio; fuesen cuales fueren su estado y miseria, extendí mis beneficios á cuantos paseaban por el mundo sus desgracias y pobreza. Rodeado de numerosos servidores no me faltaba cosa alguna de cuanto tienen por necesario aquellos que son llamados dichosos; pero Zeus, cuya cólera había sin duda merecido, hizo evaporar mi dicha. Indújome á acompañarme con unos vagabundos, que sólo del robo vivían, y á seguirles á las remotas regiones del Egipto donde había de hallar mi perdicion. Llegados á las riberas de aquel rio, coloqué centinelas en las alturas y exhorté á mis compañeros á no alejarse de las naves; pero los insensatos, sin escuchar más consejo que el de sus desmandados apetitos y cediendo al impetuoso impulso de su insolente furor, devastaron la hermosa campiña, robaron á las mujeres y niños y dieron muerte á los hombres. Los gritos y el tumulto siembran la alarma en la ciudad; con los primeros rayos de la aurora acuden los combatientes y toda la costa queda cubierta de guerreros y carros. Envió el dios del trueno la fuga á mis asustados camaradas; ni uno solo se atrevió á oponer resistencia, y los pocos que sobrevivieron á la horrible matanza, fueron reducidos á cautiverio. Yo fuí vendido al hijo de Jaso, por nombre Dmetor, rey de Cipre, y desde tal esclavitud he llegado á Itaca agobiado de infortunios.

»—¿Qué divinidad será la que ha guiado hasta aquí para nuestro castigo á ese mendigo impertinente y atrevido cual ninguno? dijo exasperado Antinoo. Aléjate de esta mesa; apártate al extremo de la sala, ó has de volver á hallar aquí, y con creces, los males del Egipto y de Cipre.

»—No corresponde la belleza de tu alma á la de tu semblante, contestóle Ulises alejándose. Á un infeliz arrodillado en tu puerta no le darías, bien se conoce, ni un grano de sal, pues extranjero en este palacio, rodeado de bienes que has querido apropiarte, no puedes alcanzar que tu avaricia me socorra con un mendrugo de pan.

»—Pues tu audacia llega al punto de insultarme, dijo Antinoo con furioso acento, no has de salir de aquí con vida.»

Y cogiendo el escabel en que apoyaba sus piés, arrojólo con gran fuerza é hirió á Ulises en el hombro. Á pesar del fuerte golpe, queda Ulises inmóvil como una peña; únicamente movía la cabeza sin proferir una palabra, meditando en el fondo de su mente terribles proyectos de venganza.

Sentado de nuevo en el umbral y teniendo delante el repleto zurron, dijo:

«—Rivales que os disputais la mano de insigne reina, oid. Una herida, un golpe recibido en defensa de los propios campos ó rebaños se soporta siempre sin enojo; mas lo que acaba de atraer sobre mí la agresion de Antinoo ha sido el hambre triste y cruel, orígen de infinitas calamidades para los mortales, y por lo mismo si existen para el pobre dioses protectores y euménides vengadoras, hagan que la muerte sorprenda á Antinoo ántes que llegue para él el suspirado himeneo.

»—Extranjero, dijo el magnate, come sin decir palabra, ó márchate; de no, nuestros vigorosos esclavos, arrastrándote por piés y manos, te arrojarán á la calle.»

Esto dijo Antinoo, pero sus compañeros, á pesar de su soberbia, presenciaban indignados tales violencias, y de los labios de muchos salían estas palabras:

«—Maltratando á ese infeliz, traido aquí por el Hado, has cometido ¡oh Antinoo! una accion criminal. ¡Desgraciado de tí si fuese un morador del Olimpo! Es fama que los dioses, en cuyo poder está revestir todas las formas, van de ciudad en ciudad en figura de viandantes para ser testigos de la justicia ó perversidad de los hombres.»

Antinoo, empero, reíase de esas vagas amenazas.

Al mirar á su padre ultrajado, el dolor y la ira llenaron el pecho de Telémaco; sin embargo, tuvo suficiente imperio sobre sí para permanecer sereno, miéntras meditaba la muerte de sus enemigos.

La nueva del insulto inferido por Antinoo al infeliz extranjero llegó á la estancia de Penélope. Estaba la reina, al saberlo, rodeada de sus camareras, y exclamó:

—«¡Ah! Como tú has herido al mendigo, así te hieran los rayos de Apolo.

»—Si de nuestros votos dependiese su suerte, añadió su fiel Eurinomia, ninguno de esos príncipes vería la salida de la aurora.

»—Nodriza, dijo Penélope, todos son para mí odiosos; de ellos sólo espero maldades, pero á ninguno detesto como al arrogante Antinoo. Llega á este palacio, guiado por su triste suerte, un infeliz extranjero; impulsado por su indigencia extrema va del uno al otro implorando piedad, y miéntras todos se humanizan en su favor y llenan su zurron con sus dones, él le maltrata y le hiere.

»—Eumeo, continuó, despues de llamar al venerable pastor, vé y dí al extranjero que está sentado en la puerta que, luego de comer, suba á verme. Quiero mostrarme con él afable y preguntarle, pues su aspecto indica haber viajado mucho, si alguna vez ha oido hablar del desgraciado Ulises, ó si en alguna parte le ha visto.

»—Quisiera ¡oh reina! que cesara el estruendo del banquete para que pudieses con comodidad oir á ese extranjero, dijo Eumeo; el relato de sus viajes habría de ser suave bálsamo para tu angustiado corazon. Tres dias y tres noches ha estado en mi cabaña, donde se ha

refugiado al escaparse de su nave, y no le ha bastado aquel tiempo para dar remate á la interesante historia de sus empresas é infortunios. Semejante á uno de aquellos hombres privilegiados que con inspiracion de lo alto arroban á los mortales con la divina armonía de sus cantos, así, sentado á mi lado en mi rústica morada, cautivaba mi corazon embelesado. Háme dicho haber conocido á Ulises; me ha contado que su patria fué la isla de Creta, donde nació el sabio Minos, y que de allí, precipitado de desgracia en desgracia, ha llegado suplicante á esta isla. Asegura haber sabido que Ulises, sano y salvo, está á poca distancia de nosotros, en las tierras de los Thesprotos, y que regresa á sus hogares cargado de ricos presentes.

»—Tráele pronto, dijo Penélope, quiero oirle por mí misma. No importa que esos audaces se entreguen á la alegría que rebosa de su corazon. En sus casas van acumulándose sus bienes; casi intactos quedan el trigo y el vino de su cosecha, pues únicamente sus esclavos consumen de ello una pequeña parte, al tiempo que, establecidos constantemente esos extranjeros en el palacio de Ulises, inmolan sus bueyes, sus ovejas, sus cabras cebadas, viven en incesantes festines, beben el vino mejor y lo entregan todo al pillaje. Sólo el héroe Ulises podría librar su casa de tal calamidad. ¡Ah! si volviese mi esposo, si se presentase en su tierra natal, no tardaría, ayudado por el valor de su hijo, en castigar tan repetidos agravios.»

Decía esto Penélope cuando Telémaco estornudó con estrépito, y al oirlo, continuó con alborozado acento:

»—Corre, Eumeo, corre á buscar al extranjero. ¿No has oido el agüero con que ha confirmado mi hijo mis palabras? Sí, sea horrible muerte inevitable destino de la turba entera de nuestros enemigos; no escape ni uno solo á la merecida pena. Dí á ese extranjero que si la verdad corresponde á su relato, no han de faltarle hermosos vestidos.»

Comunica Eumeo la órden al pordiosero y éste le contesta:

«—Dispuesto estoy, amigo Eumeo, para referir ahora mismo la verdad completa á la hija de Icario, á la discreta Penélope; pero temo á esos príncipes altaneros, cuyas injusticias y violencias llegan ya á la bóveda del cielo, mayormente despues que al ser herido hace poco por uno de ellos, cuando sin ofender á nadie atravesaba la sala, he visto que no ha salido á mi defensa nadie, ni el mismo Telémaco. Dí, pues, á Penélope que, dominando su impaciencia, aguarde á que el sol concluya su carrera; entónces tendrá espacio para preguntarme acerca de su esposo.»

Trasladó Eumeo á Penélope la respuesta de Ulises, y volviendo luego á la sala del festin, dijo á Telémaco en voz baja:

«—Me retiro para velar por tu ganado y por tus bienes. No olvides tú aquí el cuidado de los tuyos, y sobre todo, atiende á tu propia defensa. No apartes la vista de tus enemigos. ¡Ah! extermínelos Zeus ántes que puedan abismarnos en afliccion y luto.

»—Tus votos quedarán cumplidos; esta es mi firme esperanza, contestó Telémaco. Parte, la noche va á llegar; pero ántes come lo necesario. Vuelve mañana al asomar el dia, y ofrece á los dioses una víctima escogida. De lo demas cuidarémos yo y los inmortales.»

Apagado el apetito emprende Eumeo el camino para regresar á su cabaña; el pórtico y el salon quedaban llenos de extranjeros magnates que, despues de los goces del festin, se entregaban á los del canto y la danza, miéntras que las sombras de la noche iban extendiéndose por la tierra.

Á poco presentóse en la puerta del palacio un mendigo que solía de antiguo pordiosear por la isla de puerta en puerta; conocido por su voracidad, con nada lograba aplacar el hambre y la sed en él perpétuas. Era un gigante, pero sin vigor ni esfuerzo. Aunque fué Arneo el nombre que recibiera al nacer, todos los jóvenes le llamaban Irus, por estar siempre dispuesto á servir de mensajero.

Al ver á Ulises puso mal gesto, y le dijo:

«—¡Fuera de esa puerta, viejo decrépito! ¡Fuera de ahí ó sino te sacaré arrastrando por los piés! ¿No observas que esos señores me incitan por señas á que les libre de tu presencia? Yo soy inofensivo y manso; pero, amigo, levántate y márchate, ó nos verémos las caras.

»—Amigo, respondióle Ulises fijando en él una mirada de enojo, ni te insulto ni te agravio, ni tendría de tí envidia áun cuando te llenasen de presentes. ¿Por qué, pues, pretendes que me vaya si es esta puerta capaz para recibirnos á los dos? Ninguna pena ha de causarte que me den una porcion de lo que no es tuyo; á lo que me parece eres tan pobre como yo, y los dioses son los únicos distribuidores de la riqueza. Guárdate de poner en mí la mano y de provocar mi cólera, pues con mis años y todo te aseguro que lo pasarías mal. Seguro podría estar entónces de no verme molestado, ya que no habrías de volver en tu vida por el palacio de Ulises, hijo de Laertes.

»—¡Justos dioses! exclama Irus poseido de violento enojo; ¡vaya un hambron con más charla que una vieja junto al fuego! Si le cojo entre mis brazos no ha de quedarle costilla sana ni diente en la boca. Levántate, y sin más arreo que un ceñidor sal á luchar conmigo. Sean esos príncipes jueces de nuestra contienda. Pero, bien lo veo, viejo y cascado, no te atreverás á habértelas conmigo, que estoy en el vigor de la edad.»

Así contendían en el umbral de la puerta, y Antinoo acudió á sus voces.

«—Amigos mios, dijo riendo á los pretendientes, tenemos un nuevo é interesante espectáculo. Todas las alegrías vienen hoy á este palacio. El mendigo extranjero disputa con Irus y están próximos á llegar á las manos; azucémoslos á uno contra otro.»

Á estas palabras dejan los magnates sus asientos, y rodean con gran risa á los dos andrajosos campeones.

«—Príncipes, oidme, dijo Antinoo; en el hogar humean para nuestro festin tripas rellenas de sangre y grasa; sea la mejor digno premio de quien alcance la victoria. El vencedor podrá entrar para escoger la que más le guste, y de hoy más, admitido en nuestros banquetes, gozará de exclusivo privilegio para ocupar el puesto de mendigo en los umbrales de esta casa.»

Celebró la asamblea estas palabras, y Ulises, prudente siempre, dijo:

«—Bien veis ¡oh príncipes! que no es igual la lucha entre un adversario jóven y vigoroso y un anciano quebrantado por el infortunio; mas el hambre, agudo aguijon para el trabajo, me impulsa á arrostrar un combate en el que puedo muy fácilmente hallar la muerte. Pero ya que á tanto me exponga, jurad todos no faltar á la justicia, prometed que ninguno de vosotros me ofenderá en ayuda de Irus. De no ser así mi vencimiento sería muy fácil.»

Prestan todos juramento de permanecer neutrales, y Telémaco, erguida la frente y puesto en medio de todos ellos, dice:

«—Extranjero, si tu denuedo te impulsa al combate, lucha sin temor de que nadie ha de ofenderte. Quien se atreviese á alzar contra tí la mano, veríase acometido por varios de nosotros. A mí, que te he recibido en mi casa, me incumbe más que á nadie protegerte, y seguro estoy de que han de aprobar mis palabras Antinoo y Eurímaco, ilustres los dos por su prudencia.»

Dijo, y los magnates aplaudieron. Ulises se despojó entónces de sus haraposos vestidos; formóse con la túnica un ceñidor, y con sorpresa pudieron ver los presentes sus fornidos hombros, su dilatado pecho y sus nervudos brazos. Minerva, que estaba junto á él, realzaba la majestad del soberano.

«—Hoy habrán acabado los mensajes de Irus, decían entre sí los asombrados magnates. ¡Vaya si es fuerte ese viejo!»

En esto el miserable Irus sentíase dominado por creciente terror; pero los esclavos le desnudan, ciñenle el cuerpo con una faja, y arrástranlo, á pesar de su palidez, al campo del combate. Convulsivo temblor agitaba sus miembros, y Antinoo, que lo observó, le dirigió estas crueles palabras:

«—Bravucon, ¿cómo no te mueres de susto desde ahora, ó mejor, ¿por qué naciste, ya que así tiemblas y palideces frente á frente de ese extranjero agobiado por la vejez y la miseria? Pero yo te aseguro (y ten presente esta amenaza, que será cumplida) que si ese viejo logra derribarte, si queda vencedor en la lucha, te llevo á una nave y te conduciré al Epiro, para entregarte al rey Equeto, que es el más feroz de los mortales. Por él serás con hierro mutilado en nariz y orejas, y privándote de tu calidad de hombre, alimentará con tu carne palpitante á los animales voraces.»

Más y más creció el susto de Irus con tales palabras, pero alentado por unos, empujado por otros, llegó hasta en medio de la sala convertida en palenque. Ya alzan los brazos ámbos campeones, y Ulises está indeciso entre matar á su adversario al primer golpe, ó si, hiriéndole con ménos violencia, se contentará con tenderle á sus piés. A lo último se resolvió el héroe, temeroso de despertar sospechas entre los príncipes mostrando sus fuerzas todas y de ponerles en camino de que le conociesen. Irus descargó el primer golpe en el hombro de su adversario, y á él respondió Ulises con otro tan violento junto á la oreja, que hundió á Irus la mandíbula y le derribó al suelo. De su boca salía á borbotones la sangre, y revolcándose en el polvo exhalaba lastimeros aullidos. Ulises, entónces, cogiéndole por un pié, arrastró al gigante por el pórtico y el patio, hízolo sentar junto á la puerta y arrimado á la pared, y poniéndole un palo en la mano, le dijo:

«—Aquí podrás reinar sobre perros y cerdos, alejándolos de esta puerta, hombre vil y despreciable; pero guárdate en adelante de insultar á extranjeros y á mendigos, si no quieres que caiga sobre tí suerte más negra todavía.»

Entre universales carcajadas felicitan los príncipes al vencedor.

«—Prémiente Zeus y los dioses todos, le dicen, por haber librado á Itaca de un pordiosero de voracidad insaciable. Dentro de poco será llevado á Epiro y entregado al bárbaro Equeto.»

Tan general era el contento, que el altivo Antinoo no se desdeñó de presentar al vencedor, como premio de su victoria, la mejor parte de los manjares que en el hogar se cocían. Siguiendo su ejemplo, Anfinomio le ofreció dos panes y le entregó una copa, deseando para él toda clase de ventura.

«—Anfinomio, le dijo el prudente Ulises, parécesme discreto, y en esto te asemejarás á tu padre, habiendo llegado á mis oidos así las alabanzas tributadas á la bondad de Niso (así creo se llamaba), como la fama de su opulencia, honra de Duliquio. Las acciones que en tí he visto anuncian penetrante juicio, y por lo mismo á tí me dirijo: óyeme con atencion y conserva en tu memoria mis palabras. Entre cuantos séres respiran y se arrastran por la tierra, es el más débil el hombre. Todo el tiempo en que le conceden los dioses prosperidad y dicha, miéntras se halla en pié y vigoroso, muéstrase soberbio y ni siquiera sospecha los reveses que pueden guardarle los dias futuros. Pero si esos mismos dioses le envían desgracias, entónces se abate, y exasperado contra el yugo, prorumpe en ayes de desesperacion. Tal es el corazon de este frágil habitante de la tierra, vario y mudable segun lo

que le envía el padre de los dioses y los hombres. Yo mismo, aquí donde me ves, fuí con el tiempo uno de los hombres más dichosos; mi fuerza y mi poder me alucinaron, y fiando demasiado en el apoyo de un padre y de una familia poderosa, abandonado á los impulsos de un alma altanera, cometí más de una violencia, más de una injusticia. Sean, pues, constantemente la moderacion y la equidad veneradas y seguidas por los hombres, y gocen éstos con mesura y humildad de los dones que los dioses les otorgan. No imiten á los pretendientes de la reina á los que veo incurrir en indignos excesos, derrochando los bienes y ultrajando á la esposa de un héroe que, segun mis noticias, no ha de tardar en volver á su patria. De ella está muy cerca, y quiera un dios para tí propicio guiar tus pasos á tu casa y alejarte de la vista de Ulises el dia en que se presente. Cuando esto suceda y éntre el héroe en su palacio, cree que la contienda entre él y esa turba de rivales no se decidirá sin que corran torrentes de sangre.»

Dijo, y despues de llevar á sus labios la copa, entrególa al príncipe. Éste se dirigió á su asiento triste y pensativo, pero en vano forma el propósito de retirarse y huir; su amor le contiene, y tambien Minerva, quien lo reservaba para los golpes de Telémaco.

En aquel momento la diosa, á fin de fomentar la pasion que por Penélope sentían los príncipes, dar pábulo á sus quimeras y aumentar la veneracion que le profesaban su hijo y su esposo, inspiróle la idea de mostrarse en la sala del festín.

«—Querida Eurinomia, dijo con ligera sonrisa, un deseo nuevo para mi corazon me impulsa á presentarme á esos amantes á quienes detesto; quiero en su presencia dar á mi hijo útil y necesario consejo. Paréceme que se entrega á excesiva intimidad con esos hombres pérfidos y procaces; tienen la miel en los labios y están maquinando su muerte.

»—Discretas son tus palabras, díjole Eurinomia; aconseja á tu hijo y no le ocultes lo que sientes. Pero ántes entra en el baño, reanima tu afligida belleza con preciosas esencias; no te presentes con el rostro surcado por las lágrimas. ¿Acaso viendo apuntar el bozo en el labio de tu hijo no has alcanzado lo que de los dioses con tanto ardor implorabas?

»—Tu celo respeto, querida Eurinomia, replicó Penélope; pero no exijas que ahora me bañe ni perfume. Destruida quedó por los dioses mi belleza el dia funesto en que partió la nave del más desdichado de los mortales. Llama á Hipodamia y Autonoe para que me acompañen, conforme exigen las leyes del decoro.»

En tanto Eurinomia pasa á cumplir el mandato, difúndese dulce sueño por los párpados de la hija de Icario y reclinada en su lecho queda profundamente dormida. Entónces la diosa, para más rendir y cautivar á los magnates, comunicóle encantos y atractivos nuevos, derramando sobre su semblante, dice el poeta, la divina esencia con que ungía Afrodita su cuerpo, cuando, ceñida la frente con inmortal corona, salía á danzar á la cabeza del amable coro de las Gracias.

A la llegada de las camareras dispertó Penélope de su grato sueño; seguida de dos mujeres venerables salió de su estancia, y con ellas, cubierto el rostro de sutil y fulgurante velo, se presentó en la puerta de la sala donde se celebraba el ardiente festín. Al verla quedaron los príncipes embelesados; el amor rindió del todo sus altaneros corazones, y en ellos se encendió más y más el deseo de llamar esposa á aquella perfecta beldad.

Rompiendo el silencio que su majestuosa aparicion causara, y dirigiéndose á Telémaco, dijo la reina:

«—Hijo mio, desde hace algun tiempo tu conducta me sorprende y entristece. Cuando niño mostrabas una discrecion y firmeza de que careces ahora, que entrado en la adolescencia, te proclaman los extranjeros, al contemplar la arrogancia y gallardía de tu porte, hijo de uno de los héroes más ilustres de Grecia. ¿Dónde está tu justicia, dónde tu valor al consentir que delante de tí sean violadas en nuestra morada las leyes de la hospitalidad? Tu huésped ha sido en tu presencia maltratado; ¿qué se dirá de tí? ¿No sabes que los agravios que se dirigen en nuestro hogar al extranjero nos deshonran y nos cubren de ignominia á los ojos del humano linaje?

»—Tus reconvenciones, madre mia, no pueden ofenderme, díjole Telémaco yendo á su encuentro y en voz baja; mas no creas que se confundan en mi mente las ideas de injusticia y equidad. Es cierto que no soy ya un niño, pero tampoco querrás exigir en mí constante firmeza, rodeado como estoy por numerosos enemigos contra cuyos audaces designios nadie me ampara y defiende.»

Así hablaban madre é hijo, cuando Eurímaco se acercó á ellos y dijo á la reina:

«—Discreta Penélope, hermosa hija de Icario, bien venida seas entre nosotros. Si fuese posible que en tí fijasen sus miradas los príncipes todos de Grecia, seguro es que desde mañana se aumentaría hasta llegar á ser muchedumbre el número de los pretendientes que á los banquetes de este palacio concurrimos. No hay mujer ¡oh reina! que en hermosura y majestad te sea comparable!

»—No me hables, Eurímaco, de hermosura ni de otras perfecciones que pudieron un dia embellecerme; todas me las arrancaron los dioses el dia aquel en que los Griegos, y con ellos mi esposo Ulises, partieron á Troya. Si volviera á su patria, si de nuevo le viésemos dirigir á su mujer y gobernar su casa, en esto estribaría mi gloria toda y toda mi hermosura. Ahora la afliccion me acaba, y los dioses han agotado en mí los dardos del infortunio. Recuerdo que al abandonar Ulises estas playas estrechó entre las suyas mis manos y me habló en estos términos, que grabados están en mi corazon:—

Espasa y Comp.ª editores.

LOS COLOSOS DE MEMNON, EN EGIPTO.